

De no haberme empujado las circunstancias, jamás habría visitado Temphill. Pero andaba mal de dinero y, al recordar que un amigo mío que vivía allí me había ofrecido trabajo como secretario suyo, empecé a desear que dicho puesto siguiera vacante. Desde luego, no me parecía fácil que mi amigo hubiera encontrado un secretario permanente o, cuando menos, duradero. Temphill es un pueblo de muy mala fama y a poca gente le agradaría vivir en él.

Alentado por esta esperanza, un día metí en un baúl mis pocos bártulos, los cargué en un cochecito deportivo que me había prestado un buen amigo mío que ahora andaba de viaje, y salí muy temprano de Londres, antes de que empezara el ruidoso tráfico de la ciudad. Y así abandoné el edificio carcelario y el siniestro callejón trasero donde había estado hospedado.

Mi amigo —que se llamaba Albert Young— me había contado muchas cosas de Temphill y de las costumbres de sus habitantes. Era un pueblo muy antiguo y en plena decadencia, situado en la región de Cotswold. El llevaba allí varios meses. Había ido para documentarse sobre ciertas creencias y supersticiones que perduraban en la localidad. Con el material que obtuviese pensaba redactar un capítulo entero del libro sobre brujería que tenía entre manos. Como no soy supersticioso, me chocó que gentes aparentemente normales procurasen evitar Temphill siempre que podían; no porque fuese mal lugar —según Young—, sino más bien por un temor nacido de los extraños rumores que corrían por esa región.

Quizá yo también me hubiese dejado impresionar por tales habladurías, pues es el caso que, a medida que me adentraba en esa zona, el paisaje me iba pareciendo más inquietante. Las suaves colinas de Cotswold y las aldeas de casas de madera y techo de paja, se sustituyeron por llanuras áridas y tristes, casi desiertas, cuya única vegetación la constituían unos yerbajos grises y enfermizos y algún que otro roble hinchado y nudoso. Algunos parajes me llenaron de viva intranquilidad. Por ejemplo, hubo un momento en que la carretera se ciñó a un riachuelo de aguas estancadas, cubiertas de espuma y verdín, que distorsionaban grotescamente el reflejo del paisaje.

Luego tuve que tomar una desviación que atravesaba una ciénaga cubierta de árboles inmensos y, más adelante, llegué a un punto en que el camino se hundía bajo una ladera casi vertical donde crecía un bosque de aspecto primitivo. Las ramas de los árboles se extendían sobre el camino como millares de manos nudosas y torcidas.

Young me había escrito varias cartas hablándome de ciertas cosas que había leído en viejos volúmenes. Una vez, recuerdo que mencionó un olvidado ciclo mitológico que

habría sido preferible desconocer; también citaba de cuando en cuando nombres extraños y sonoros, y en sus últimas cartas —fechadas varias semanas antes— daba a entender que en Camside, Brichester, Severnford, Goatswood y Temphill —y quizá en otros pueblos de la región—, aún se rendía culto a ciertos seres transespaciales.

En su última carta me hablaba de un templo consagrado a Yog-Sothoth, que se hallaba emplazado en el mismo lugar que una iglesia de Temphill donde antiguamente se habían practicado monstruosos rituales. Se decía que este templo había dado origen, no sólo al nombre de la aldea —que sería entonces una corrupción de Temple Hill, o Colina del Templo— sino a la aldea misma que, al parecer, fue creciendo en torno a la colina donde se alzaba la iglesia.

También se decía que en ella había ciertas puertas que, una vez abiertas mediante conjuros ya olvidados, darían paso a antiquísimos daimones procedentes de otras esferas. Según me escribió mi amigo, existía una leyenda espantosa relativa a la misión de tales demonios; pero no quiso referírmela, por lo menos hasta no haber visitado el supuesto emplazamiento terrenal de aquel templo de otra dimensión.

Nada más entrar en las viejísimas calles de Temphill, empecé a lamentar mi repentina decisión. Si entretanto Young había encontrado secretario, me iba a resultar difícil volver a Londres. Apenas tenía dinero para pagarme el hotel, el cual —dicho sea de paso—, ofrecía un aspecto muy poco seductor, según comprobé al cruzar por delante. Tenía un porche torcido y la fachada estaba llena de desconchados. A la puerta había varios viejos de pie, con la mirada perdida y el aire ausente. Los otros sectores del pueblo no eran más tranquilizadores.

Muy en particular me impresionó esa escalinata que subía, por entre ruinas verdosas y muros de ladrillo, hacia el negro campanario de una iglesia que se alzaba en medio de un campo de lápidas descoloridas.

De todo Temphill, sin embargo, lo más impresionante era el barrio sur. En Wood Street, que entraba en el pueblo por el noroeste, y en Manor Street, donde terminaba la pendiente boscosa, las casas eran de piedra y se hallaban bastante bien conservadas. Pero alrededor del tétrico hotel, o sea en el centro de Temphill, había muchas viviendas medio en ruinas, e incluso un edificio de tres pisos —en cuya planta baja estaban instalados los Almacenes Generales Poole— que tenía la techumbre hundida. Al otro lado del puente, más allá de la céntrica Plaza del Mercado, se extendía Cloth Street y, al final de ésta, pasados los caserones deshabitados de Wool Place, se encontraba South Street.

Allí vivía Young, en una casa de tres pisos que había comprado a bajo precio, reformándola después a su gusto.

Los edificios del otro lado del puente me resultaron aún menos tranquilizadores que

los de la parte norte. Después de los grises almacenes de Bridge Lane venía una serie de viviendas de ventanas rotas y fachadas remendadas, pero habitadas todavía. Unos niños desgredados y sucios miraban con resignación desde los miserables umbrales de sus casas o jugaban en el cieno amarillento de un descampado. Imaginé los sórdidos cuchitriles donde vivirían sus familias. La atmósfera del lugar me deprimía. Era como una ciudad muerta, habitada por espectros.

Me metí por South Street, entre dos edificios de tres plantas y buhardilla. Young vivía en el número 11, al otro extremo de la calle. El aspecto de su vivienda me llenó de malos presentimientos: tenía cerradas las contraventanas y del dintel de la puerta colgaban abundantes telarañas. Estacioné el coche junto a la acera, crucé el césped salpicado de hongos, y subí en dos saltos los cuatro escalones del porche. La puerta se abrió nada más tocarla, dejando a la vista un lóbrego recibimiento. Llamé en voz alta y toqué a la puerta, pero nadie contestó. No me atreví a entrar. No había huella alguna en el polvo del umbral. Recordando que Young me había hablado, en algunas de sus cartas, de las conversaciones que había sostenido con su vecino del número 8, decidí recurrir a él para que me informase acerca de mi amigo.

Crucé la calle y llamé a su puerta. Se abrió casi inmediatamente, aunque de manera tan silenciosa que me asustó. El propietario era un hombre alto, de pelo blanco y ojos oscuros. Vestía un raído traje de mezclilla. Lo que más impresionaba en él era su aire antiquísimo que le daba el aspecto de una reliquia de épocas pretéritas. No cabía duda de que se trataba de John Clothier; mi amigo me lo había descrito como un hombre bastante pedante y extraordinariamente versado en todo lo que se refiere a la antigüedad.

Cuando me presenté y le dije que estaba buscando a Albert Young, palideció y dudó un instante, antes de invitarme a pasar. Me pareció oírle murmurar que él sabía dónde había ido, pero que yo probablemente no le creería. Al fin, me guió por el oscuro recibimiento hasta una sala amplia, iluminada tan sólo por una lámpara de aceite que había en un rincón. Me señaló una butaca junto a la chimenea, sacó su pipa, la encendió y, sentándose frente a mí, comenzó a hablar con repentina precipitación:

—Yo he hecho juramento de no hablar —dijo—. Por esta razón, lo único que podía hacer era advertir a Young que lo dejara estar y se marchase de este lugar. Pero no me hizo caso, y usted no encontrará ya a su amigo. No me mire así, ¡es la verdad! Ya veo que tendré que contarle a usted más cosas que a él; de lo contrario, tratará usted de buscarle y se encontrará con algo muy distinto. Sabe Dios lo que me pasará después a mí. Cuando uno se ha vinculado a Ellos, ya nunca pude hablar de eso con los demás. Pero no puedo permitir que otro emprenda el mismo camino que Young. Según mi juramento, yo debería dejarle que fuera allí; pero sé que de todos modos, un día u otro, acabarán conmigo. ¿Qué más da? Márchese antes de que sea demasiado tarde. ¿Conoce la iglesia de High Street?

Tardé unos segundos en recobrar me de la sorpresa. Por fin, dije:

—Si se refiere usted a la que está cerca de la plaza, sí, la he visto.

—Ahora no se usa... como iglesia —continuó Clothier—. Allí se celebraban determinados ritos, hace tiempo. Estos ritos dejaron sus huellas. ¿Le ha contado Young, por casualidad, algo sobre un templo que había en el mismo lugar que ahora ocupa la iglesia, pero en otra dimensión? Sí, por la cara que pone, ya veo que sí. Pero, ¿sabe usted que se celebran todavía ritos, en épocas propicias para abrir las puertas y dejar paso a los del otro lado? Pues es cierto. Yo he estado en esa iglesia y he contemplado esas puertas abiertas en medio del aire, a través de las cuales he presenciado cosas que me han hecho gritar de horror. He tomado parte en ceremonias y rituales que harían enloquecer a los no iniciados. Y mire usted, señor Dodd, la verdad es que en ciertas noches señaladas, aún acude a esa iglesia la mayor parte de la gente de Temphill.

Casi convencido de que el señor Clothier no andaba bien de la cabeza, le pregunté impaciente:

—¿Y qué relación tiene todo esto con el paradero de Young?

—Mucha —continuó Clothier—. Le advertí que no fuese a la iglesia, pero no hizo caso. Fue a visitarla una noche, en el mismo año en que habían consumado los ritos del Invierno. Sin duda estaban acechando Ellos cuando mi amigo entró. A partir de entonces, le retuvieron en Temphill. Tienen el poder de curvar el espacio, de manera que todas las líneas vayan a converger a un mismo punto. No sé explicarlo. El caso es que no pudo marcharse, Esperó en su casa varios días, hasta que finalmente Ellos vinieron por él. Le oí gritar, y vi el color que tomó el cielo sobre su tejado. Se lo llevaron, en una palabra. Por eso no lo encontrará usted. Y por eso será mejor que se marche del pueblo, ahora que aún está a tiempo.

—¿Ha registrado usted su casa? —pregunté escéptico.

—Yo no entraría en esa casa por nada del mundo —confesó Clothier—. Ni yo ni nadie. La casa ahora es de Ellos. Se lo han llevado a otro mundo y... ¿quién sabe las cosas horrendas que habrá aún ahí dentro?

Se levantó, dando a entender que no tenía nada más que añadir. Yo también me levanté, contento de abandonar aquella lúgubre habitación y la misma casa. Clothier me acompañó hasta la puerta, y permaneció un instante en el umbral, mirando con recelo a uno y otro lado de la calle, como si temiese que le vieran conmigo. Luego desapareció en el interior de su vivienda sin esperar a ver dónde encaminaba yo mis pasos.

Crucé al número 11. Al entrar en el recibimiento, recordé lo que mi amigo me había contado de la vida que llevaba. La habitación donde Young acostumbraba examinar ciertos libros antiguos y terribles, anotar sus descubrimientos y proseguir otras diversas investigaciones, estaba situada en la planta baja. No me costó el menor esfuerzo encontrarla. En ella reinaba un orden perfecto: la mesa cubierta de papeles con anotaciones, las estanterías repletas de pergaminos y libros encuadernados en piel, la incongruente lámpara de escritorio, todo indicaba que el propietario era persona entregada al estudio.

Quité la espesa capa de polvo que cubría la mesa y la silla, y encendí la lámpara. La luz confirió a la estancia un ambiente más tranquilizador. Me senté y alargué una mano a los papeles de mi amigo. El primer montón de cuartillas llevaba el título de Pruebas y Corroboraciones, y no tardé en darme cuenta de que ya su primera página era característica. Consistía en una serie de anotaciones breves e inconexas, referentes a la civilización maya. Las notas, por desgracia, estaban tomadas sin orden ni sentido: Dioses de la Lluvia (¿elementales del agua?). Probóscide (ref. Antiguos), Kukulkan (¿Cthulhu?).

Tal era la tónica general de dichas anotaciones. Seguí repasándolas, no obstante, y no tardé en darme cuenta de que no estaban tomadas al azar, sino que todas ellas tenían algo en común.

Al parecer, Young había intentado poner en relación determinadas creencias y leyendas del mundo con un gran ciclo mitológico que les sirviera de eje. Este gran ciclo, a juzgar por las frecuentes alusiones de Young, sería más antiguo que el género humano. No quise pararme a pensar si mi amigo había llegado personalmente a esta conclusión o la había tomado de los viejísimos libros que tapizaban las paredes de su cuarto. Me pasé horas enteras estudiando los resúmenes de Young sobre el citado ciclo mitológico.

Allí leí cómo Cthulhu había venido de un espacio inconcebible, situado más allá de los lejanos confines de este universo, y supe de civilizaciones polares y de abominables razas infrahumanas que procedían del negro Yuggoth, que tiene su órbita en el límite de nuestra dimensión; también tuve conocimiento de la espantosa Leng, de su sumo sacerdote que, encerrado en un monasterio, tiene que llevar cubierta la parte de su cuerpo que correspondería a su rostro, y de otra infinidad de blasfemias que apenas se sospechan en el mundo, salvo en determinadas regiones, donde se sabe que son verdad.

Me enteré de cómo había sido Azathoth, antes de que dicho caos nuclear fuese despojado de voluntad e inteligencia. Y leí lo que contaban del multiforme Nyarlathotep, de los aspectos que puede asumir el Caos Reptante —aspectos que jamás hombre alguno se atrevió a describir—, y de cómo se puede vislumbrar un Dhole y del aspecto que presenta si se sigue la técnica adecuada.

Me horrorizó la idea de que leyendas tan espantosas pudieran aceptarse como verdad en algún rincón de un mundo supuestamente equilibrado. Con todo, la forma de manejar Young este material indicaba que tampoco él permanecía escéptico a este respecto. Aparté a un lado el montón de cuartillas y, al hacerlo, moví la carpeta de escritorio. Bajo ella apareció un manuscrito de pocas páginas con el título siguiente: Sobre la iglesia de High Street. Recordando las advertencias de Clothier, lo tomé en mis manos para hojearlo.

Había dos fotografías prendidas en la primera página. El pie de una de ellas rezaba así: Fragmento de mosaico romano, Goatswood: el de la otra decía: Reproducción del grabado de la p. 594 del «Necronomicón». La primera representaba un grupo como de acólitos o sacerdotes encapuchados depositando un cadáver ante un monstruo acurrucado. La segunda era una reproducción algo más detallada de esa misma criatura.

El monstruo en sí era tan absolutamente ajeno a cualquier ser de nuestro planeta, que me es imposible describirlo. Era de forma ovalada, pálido y reluciente, sin más rasgos faciales que una hendidura vertical, acaso la boca, rodeada de arrugas córneas. Igualmente carecía de miembros; en cambio había algo en él que sugería una capacidad plástica de formar órganos o miembros a voluntad. Indudablemente se trataba de una fantasía morbosa nacida de algún cerebro enfermo. Aun así, ambas ilustraciones resultaban tremendamente impresionantes.

En la segunda página, escrita con esa letra de Young que me es tan familiar, figuraba una leyenda local en la que se venía a decir que los mismos romanos que diseñaron el mosaico de Goatswood habían practicado ciertos ricos decadentes, sospechándose que algunos ritos de estos habían pasado después a formar parte de las costumbres de la región, perdurando hasta la actualidad. Seguía un párrafo transcrito del Necronomicon:

»La Horda del sepulcro no otorga privilegios a sus adoradores. Son escasos en poder, pues sólo alcanzan a alterar dimensiones espaciales de pequeña magnitud y a hacer tangible únicamente aquello que en otras dimensiones nace de los muertos. Tendrán dominio y potestad dondequiera que fueren entonados los cánticos en loor de Yog-Sothoth, si es la época propicia, mas pueden atraer a quienes abran las puertas que son suyas, en las moradas sepulcrales. No poseen consistencia en nuestra humana dimensión, mas penetran en la mortal envoltura de los seres terrestres y en ellos se cobijan y nutren mientras aguardan a que se cumpla el tiempo de las estrellas fijas y se abra la puerta de infinitos accesos liberando a Aquel que, tras ella, intenta destrozarla para abrirse camino.«

A estas frases sibilinas había añadido Young algunas notas escuetas de cosecha propia: «Cf. leyendas de Hungría y de aborígenes australianos. Clothier en iglesia

High Street, 17 de diciembre.

Esta fecha me incitó a examinar el diario de Young, cuya lectura había aplazado por el vivo deseo que sentía de curiosear en sus trabajos. Pasé rápidamente sus páginas, saltándome todas las anotaciones que parecían no tener relación con el tema que buscaba. Por fin llegué a la que correspondía al 17 de diciembre. Decía así:

»Más sobre la leyenda de la iglesia de High Street. Me ha contado Clothier que en otros tiempos era lugar de reunión para adoradores de dioses impuros y extraños. Túneles subterráneos que conducían a templos de ónice, etc. Rumores de que ninguno de los que se arrastran por tales galerías hacia el lugar de culto es un humano. Alusiones a una comunicación con otras esferas...«

Esto arrojaba poca luz. Continué pasando hojas.

Con fecha del 23 de diciembre, encontré una nueva referencia al tema que me interesaba:

»La Navidad ha hecho recordar más leyendas a Clothier. Me ha hablado de un curioso rito de fin de año que se practicaba en la iglesia de High Street. Al parecer, estaba relacionado con ciertos seres de la necrópolis enterrada bajo la iglesia. Dice que todavía se celebra en Nochebuena, pero que, realmente, él no lo ha presenciado nunca.«

A la noche siguiente, según el diario, mi amigo había ido en persona a la iglesia:

»En la escalinata del atrio se había congregado una multitud. No llevaba luces, pero la escena estaba iluminada por unas formas globulares que desprendían una extraña fosforescencia y flotaban en el aire, alejándose cuando me acercaba yo, por lo que no pude identificarlas. Luego, la multitud, dándose cuenta de que yo no era de los suyos, me amenazó y vino por mí. Eché a correr. Me persiguieron, pero no sé a ciencia cierta qué era lo que me perseguía.«

Después venían unas páginas en las que no había ninguna alusión a este tema. El 13 de enero, Young había escrito esto:

»Clothier me ha confesado por fin que él fue obligado una vez a tomar parte en ciertos ritos. Me ha aconsejado que abandone Temphill y me ha dicho que no debo visitar la iglesia después de oscurecer porque puedo despertarlos, y acaso me visitaran después. Me parece que se está volviendo loco.«

A partir de aquí, se pasó nueve meses sin volverse a ocupar del asunto. El 30 de septiembre escribió que tenía intención de visitar la iglesia de High Street esa misma noche. A continuación, con fecha del 1 de octubre, había varias frases escritas

evidentemente con precipitación:

»¡Qué deformidades, qué perversiones cósmicas! ¡Casi demasiado monstruosas para la razón humana! Todavía no puedo dar crédito a lo que vi al bajar por aquella escalinata de ónice que conduce a las criptas. ¡Qué manada de horrores! He intentado marcharme de Temphill, pero todas las calles van a desembocar a la iglesia. No puedo salir de Temphill. Ahora todas las calles desembocan en mi casa. Este es el poder de los que están al otro lado. Quizá Dodd pueda ayudarme.»

Y luego, finalmente, el borrador inacabado de un telegrama dirigido a mi nombre, que no llegó a enviar: «Ven a Temphill inmediatamente. Necesito tu ayuda.»

Aquí terminaba el diario, en una línea de tinta que ondulaba hasta el borde de la página, como si hubiera dejado de serpear la pluma hasta fuera del papel. Y eso era todo, excepto que Young había desaparecido. Se había esfumado. Y el único indicio de su paradero era el que estas notas apuntaban: la iglesia de High Street. ¿Pudo haber ido allí, y, al meterse en algún recinto sin salida, quedarse aprisionado? En tal caso, quizá podía llegar a tiempo de salvarle. Salí precipitadamente de la casa, subí al coche y arranqué.

Torcí a la derecha y enfilé por South Street arriba, hacia Wool Place. No había ningún otro coche en las calles; tampoco vi ninguno de esos grupos de ociosos que suele haber en los pueblos al terminar la jornada. Resultaba curioso, además, el que las casas no tuvieran luz. El parterre central de la plaza, totalmente descuidado, protegido por una barandilla herrumbrosa, tenía un aspecto inquietante y desolado a la luz de la luna que ya empezaba a asomar por encima de las buhardillas. El ruinoso barrio de Cloth Street era menos acogedor aún. Una o dos veces, me pareció ver unas siluetas que salían sigilosas de las puertas; pero tan fugaz era aquella impresión, que más me parecieron engaño de los sentidos que seres reales.

Sobre el pueblo entero flotaba una intensa atmósfera de desolación, particularmente en los oscuros callejones flanqueados de casas estrechas y sin luz. Finalmente, entré en High Street. La luna parecía una diadema suspendida sobre el campanario de la iglesia, y al detener el coche al pie de la escalinata, el satélite se hundió tras el negro campanario como si la iglesia lo hubiera arrancado del firmamento.

Al subir por la escalinata, me di cuenta de que los muros que me rodeaban eran de roca viva y estaban llenos de grietas y oquedades en donde brillaban perladas telas de araña. Los escalones estaban cubiertos de un musgo resbaladizo que hacía muy desagradable mi subida. Por encima de la escalinata colgaban las ramas de unos árboles pelados. Una luna gibosa que oscilaba en los abismos del espacio iluminaba la iglesia. Las ruinosas lápidas, invadidas por una vegetación moribunda, arrojaban extrañas sombras sobre la yerba plagada de hongos.



Era raro: a pesar de que la iglesia mostraba su evidente abandono, flotaba en ella algo así como una presencia. Y era tan intensa esta sensación, que casi esperaba encontrarme con alguien, al entrar. Con algún guardián o con algún devoto.

Había traído conmigo una linterna para alumbrarme en el interior de la iglesia, que yo, suponía en completa tiniebla, pero me encontré con que reinaba allí cierto resplandor iridiscente, debido quizá a la luna que se filtraba por las ventanas ojivales. Recorrí la nave central y enfoqué la linterna sobre las filas de bancos. En el polvo no había señales de que nadie hubiera estado allí últimamente. Unos volúmenes amarillentos que contenían himnos se apilaban contra una columna, adoptando formas grotescas y confusas de seres acurrucados, abandonados allí desde tiempo inmemorial. Por todas partes se veían bancos deteriorados por los años; en el aire cerrado flotaba cierto olor a corrupción.

Seguí avanzando hacia el altar. El primer banco de la izquierda estaba levantado por un extremo. Ya había observado anteriormente que algunos bancos se inclinaban en ángulos insólitos, pero ahora vi que, bajo el primer banco, el mismo suelo estaba levantado, mostrando una estrecha franja de negrura. Comprobé que podía mover el banco, y lo empujé hacia atrás, aprovechando la circunstancia de que el segundo estaba bastante alejado del primero. Así quedó al descubierto una trampilla rectangular que, una vez abierta del todo, reveló un vacío negro como boca de lobo. A la luz amarillenta de mi linterna, distinguí un tramo de escalera hincado entre unas paredes que rezumaban humedad.

Vacilé ante el borde del abismo, mirando inquieto a mi alrededor. Me decidí, por fin, y comencé a descender con la máxima cautela. No se oía más que un constante gotear en aquel túnel que se hundía en la tierra. Las paredes, ceñidas a la escalera de caracol, relucían perladas de gotitas. Unas sabandijas reptantes y negras, aterradas por la luz, escaparon veloces buscando refugio en las grietas. Al cabo de un tiempo, observé que los peldaños no eran ya de piedra, sino que estaban labrados en la tierra misma, y sobre ellos crecían unos hongos carnosos, hinchados y enfermos.

El techo de aquel subterráneo, sostenido por arcos rudimentarios y endeble, me llenaba de un desasosiego invencible. No podría decir cuánto tiempo duró mi descenso bajo aquellos arcos inseguros. Finalmente, uno de ellos se prolongó en un túnel gris. A partir de aquí, los peldaños, respetados por el tiempo, mostraban aún el agudo filo de sus bordes... porque estaban tallados en la misma roca, en una roca de extraño color, que resaltaba a pesar del barro con que la habían manchado los pies que descendieran por allí. Con la linterna en alto, observé que la pendiente se hacía menos pronunciada, como si estuviese llegando al final de la escalera. Al darme cuenta, me embargó una sensación intensa de incertidumbre e inquietud. Una vez más, me detuve a escuchar.

No se oía nada, ni abajo ni arriba. Reprimiendo mis temores, me lancé adelante, resbalé en un peldaño y bajé rodando lo poco que faltaba hasta el pie de la escalera. Al

levantarme, me encontré con que había ido a parar junto a una estatua grotesca de tamaño natural que parecía mirarme como deslumbrada por el fulgor de la interna. Con ella había otras cinco formando fila, y de cara a éstas, había otras seis más, idénticas, igualmente repulsivas, esculpidas con tal arte, que daban una impresionante sensación de realidad. Aparté la mirada, me levanté del suelo, y enfoqué la linterna hacia las tinieblas que se abrían ante mí.

¡Ojalá pudiera borrar de mi memoria lo que vi! Hasta el fondo, poblado de sombras, de aquellas bóvedas inmensas y bajas, se extendían interminables hileras de lápidas grises, y en cada una de ellas, con la cara hacia el techo, yacía un cadáver amortajado. Y en los muros de la cripta se abrían nuevos arcos de los cuales arrancaban otras escaleras de caracol que llevaban más abajo aún, hacia inconcebibles profundidades subterráneas.

Esas escaleras me helaron la sangre, más aún que el macabro espectáculo que tenía ante mí. Me estremecí ante la idea de buscar los restos de Young entre los cadáveres que yacían en las losas; pues, sin saber por qué, me sentía convencido en el fondo de que el cuerpo de mi amigo descansaba, con ojos abiertos y sin vida, sobre alguna de aquellas lápidas grises. Procuré dominar mis nervios y empecé a buscar. Ya me había aventurado a caminar entre las filas de sepulcros, cuando un sonido repentino me dejó paralizado.

Fue un silbido que se elevó lentamente en la oscuridad, allá en el fondo, delante de mí. Luego sonaron unos ruidos más roncós y violentos, y fueron aumentando todos a la vez, como si se fuese acercando la causa que los provocaba. Clavé la mirada, aterrado, en el punto de donde parecían provenir aquellos ruidos extraños. Sonó entonces como una explosión prolongada y apareció en las tinieblas, flotando, un círculo de luz verdosa, pálida y difusa, de diámetro escasamente mayor que el de una mano. Esforzaba yo mi vista por distinguirlo, cuando el círculo de luz desapareció.

A los pocos segundos, volvió a aparecer, tres veces mayor que antes... ¡y durante unos momentos de pesadilla vislumbré, a través de él, un paisaje infernal y remoto, como si me hubiera asomado a una dimensión absolutamente extraña por una ventana abierta! Retrocedí espantado, y la luz se eclipsó; pero al instante volvió a aparecer con brillo renovado. Y entonces, en contra de mi voluntad, contemplé una escena que se grabó de manera imborrable en mi memoria.

Era un extraño paisaje dominado por una estrella temblorosa. Por el cielo, a la deriva, navegaban unas nubes de forma elíptica. La estrella, de la cual procedía el resplandor verdoso, derramaba su luz glauca sobre un paisaje de rocas negras, enormes, triangulares, dispersas entre inmensos edificios metálicos en forma de globos. Casi todos parecían en ruinas. De su parte inferior habían sido arrancadas planchas enteras, dejando al aire las vigas mondas y retorcidas, fundidas parcialmente por alguna energía inimaginable. El hielo relucía con verdes reflejos en las grietas de las

vigas. Y de las profundidades de aquel cielo tenebroso, caían grandes copos de nieve teñida de rojo, que iban a posarse en el suelo o entraban sesgados por las grandes hendiduras de las paredes.

La escena se mantuvo durante unos instantes. De improviso, surgieron del fondo unas formas vivas, horriblemente blancas, gelatinosas, que avanzaron, a saltos grandes y torpes, hacia el primer plano de la escena. Serían unas trece, y vi —helado de terror— cómo se acercaban al borde del círculo de la luz y cómo, atravesándolo, ¡se precipitaban en la cripta donde me encontraba yo!

Eché a correr hacia las escaleras y, como en un sueño, vi saltar aquellas formas horrendas por entre las estatuas, y vi cómo se diluían los contornos de aquellas estatuas y cómo empezaban a moverse. Entonces, rápidamente, una de aquellas horribles criaturas se abalanzó sobre mí, y sentí que algo frío como el hielo me tocaba en una pierna. Grité, y por fortuna, me hundí en la negra noche de la inconsciencia.

Cuando desperté por fin, me hallaba en el suelo, entre dos lápidas, a cierta distancia del lugar donde había caído. Tenía un sabor de boca horriblemente amargo. La cara me ardía de fiebre. Ignoraba durante cuánto tiempo había permanecido en el suelo, sin conocimiento. Mi linterna estaba aún encendida donde había caído, lo que me permitió distinguir a duras penas mi alrededor. El círculo de resplandor verdoso, ventana de pesadillas, había desaparecido. ¿Acaso mi desvanecimiento obedecía tan sólo a los olores nauseabundos o al macabro espectáculo de este pudridero subterráneo?

Entonces me di cuenta de la presencia de un hongo repugnante y extraño que, desparramado por el suelo, me había subido por la ropa formando colonias. Lo cierto es que no lo había visto antes, y no sabía cómo pudo brotar así, aunque prefería no pensar en ello. Sentí tanto miedo al verlo, que me puse en pie de un brinco, agarré la linterna y me lancé a subir atropelladamente las tenebrosas escaleras por las que había bajado a ese pozo de horror.

Trepé febrilmente, chocando contra las paredes, tropezando en los peldaños y en los mil obstáculos en que parecían materializarse las sombras. Por último llegué a la iglesia. Huí por la nave central, abrí de un empujón la puerta chirriante y bajé sin aliento la escalinata poblada de sombras, hasta el coche. Intenté frenéticamente abrir la portezuela, pero el coche estaba cerrado. Lo había cerrado yo. Me rasgué los bolsillos registrándome... ¡en vano! No tenía las llaves. Las había perdido en aquella cripta infernal de la que tan milagrosamente acababa de escapar.

Sin las llaves, el coche quedaba inútil... y por nada del mundo volvería a entrar a buscarlas en la embrujada iglesia de High Street. Dejé el coche. Corría por la calle, dispuesto a tomar Wood Street y salir al campo abierto, al azar, pues prefería ir a cualquier parte antes que el maldito pueblo de Temphill. Eché por High Street abajo, hacia la Plaza del Mercado. La luz pálida de la luna se fundía con la de una farola alta

y mortecina. Atravesé la plaza y me metí por Manor Street. A lo lejos divisé los bosques en donde desembocaba Wood Street. La calle trazaba una amplia curva, después de la cual dejaría atrás Temphill.

Me lancé a la carrera por las calles angostas, sin preocuparme por la niebla que comenzaba a espesar, ocultando las laderas boscosas que constituían mi objetivo y desdibujando el paisaje que asomaba por encima de las casas. Corría ciego, desatado, pero no conseguía acortar la distancia que me separaba de las colinas. Y de pronto, vi horrorizado las siluetas destartadas de las buhardillas de Cloth Street, que debía haber dejado atrás hacía rato, al otro lado del río. Un momento después, me hallaba de nuevo en High Street, ante los gastados peldaños de la iglesia maldita, junto al coche aparcado en la rotonda.

Estaba temblando con todo mi ser. La cabeza me daba vueltas. Me apoyé en un árbol, tomé aliento y, sollozando de horror, con el corazón saltándome del pecho, me lancé otra vez hacia la Plaza del Mercado y crucé el río nuevamente. Oía tras de mí una vibración espantosa, un silbido apagado que inmediatamente reconocí con indecible horror. Comprendí que estaba siendo objeto de una terrible persecución.

No vi el automóvil que se acercaba. Sólo tuve tiempo de saltar hacia atrás. El coche me arrolló, sin embargo, y perdí el conocimiento.

Me desperté en el hospital de Camside. El coche que me había atropellado iba conducido por un médico que regresaba a Camside por Temphill. El fue quien me sacó, con un brazo roto e inconsciente aún, de ese pueblo maldito. Escuchó mi relato —al menos, lo que me atreví a contarle— y fue a Temphill a recoger mi coche, pero no lo encontró. Tampoco encontró a nadie que me hubiera visto a mí o a mi coche, ni halló los libros, los papeles y el diario que yo leí en el número 11 de South Street, último domicilio de Albert Young. De Clothier, no halló ni rastro.

El vecino de al lado le dijo que se había ido de viaje y que seguramente tardaría mucho tiempo en volver.

Quizá tengan razón cuando dicen que he sufrido una alucinación progresiva. Quizá, también, haya estado delirando cuando, al recobrarme de la anestesia, sorprendí a los médicos cuchicheando sobre la forma en que aparecí en el camino para meterme bajo las ruedas del coche. Puede ser. Pero ahora que ya han pasado meses y el solo recuerdo de Temphill me llena de aversión, ¿pueden explicarme por qué me siento irresistiblemente atraído por esa población, como si fuese la meca hacia la cual debo orientar mi camino?

Les he suplicado que me encierren, que me encarcelen, que hagan algo; y ellos se limitan a sonreír, a tratar de calmarme, a asegurarme que todo se resolverá por sí mismo... ¡Argumentos necios, palabras tranquilizadoras que no me engañarán,

palabras inútiles y vanas frente a la atracción de Temphill y los fantasmales ecos de los silbidos que me invaden en sueños y aun despierto! Haré lo que debo hacer. Prefiero morir, a seguir soportando este horror inenarrable...

Documento adjunto al informe redactado por P. C. Villars sobre la desaparición de Richard Dodd, Gayton Terrace 9, W. I. El manuscrito, de puño y letra de Dodd, fue hallado en su dormitorio después de su desaparición.